

usted al ocaso de su vida, esa hora crítica de los victoriosos y de los conquistadores. El día en que vuestros cabellos blanqueen, ¡oh! mucho después, madre mía, porque aún será usted hermosa durante mucho tiempo, ya estará usted habituada á su realeza serena y pacífica; conservará usted plácidos recuerdos de triunfos que la permitirán sonreír al pasado y al presente de aquellas que brillen como usted brilló. Tendrá usted la radiante soberanía de los abuelos: se complacerá usted en regocijar á la juventud y, después de haber disfrutado de todas las comodidades del lujo, deseará usted consolar y remediar á los demás. La adularán á usted, la rodearán, la adorarán, y será usted como hada bienhechora que esparce la alegría en torno suyo; y todas las mejores miradas, las mejores sonrisas, serán para usted, como antes, como siempre. ¿No es el mío un bonito programa y un risueño porvenir? ¿Y qué hace falta para realizarlo? Un poco de resignación, un poco de juicio. Conformarse con lo irremediable; tener, en fin, la filosofía de la vida.

Ella empezó á oírle con tristeza, luego con curiosidad y después una sonrisa quería iluminar su semblante.

— ¡Ay! qué bien sabes hablarme, cómo sorteas mi amor propio, cómo me doras la píldora. Porque en vano disimulas, chiquito mío, es preciso tocar retreta, la hora de la abdicación ha llegado. No lo niegues. Hace algún tiempo que discuto conmigo misma y,

aunque me sea doloroso, no puedo permanecer sorda á los argumentos que mi experiencia me proporciona. Es muy triste para una mujer que ha sido adulada, aquel momento en que tiene que renunciar definitivamente á las adoraciones. Pero, dices bien, es preferible descender del trono voluntariamente, á ser arrojada por la ingratitud y la maldad; y, en mi tristeza, me sirve de inmenso alivio el tenerte junto á mí, para que me consueles y fortifiques. Has sido muy indulgente, mi buen Juanito, para con tu vieja madre, que tantas preocupaciones y tantos disgustos te ha causado. Mas tú los olvidarás para no pensar más que en su cariño, que es grande y sincero. Has hecho muy bien en venir; tal vez me hubiese dejado morir ahí, de abatimiento y de desesperación. Tú me has hecho volver en mí; ya era tiempo.

Arreglóse los cabellos que en el paroxismo de su dolor se habían escapado del peinecillo, y caían sobre su espalda; levantó la pesada trenza rubia que coronaba tan gallardamente su cabeza, y dijo enseñándole á su hijo un mechón blanco que cortaba la masa leonada:

— Ya lo ves, la naturaleza me advertía que era tiempo de dejar de ser loca. Yo no quería escucharla, y otro, con más rudeza, me ha enseñado á ser juiciosa...

Tuvo un nuevo acceso de lágrimas:

— ¡Oh, Juan, cuánta crueldad hay en herir despia-

dadamente un pobre corazón enamorado!... Tú, tú sabes, toda mi debilidad... Y él, tan atrocemente egoísta, tan frío, tan-feroz... ¿Qué clase de hombre es? ¿Y cómo he podido engañarme de ese modo al juzgarle?... Estaba ciega, completamente ciega; me parecía excelente y no creía nada de lo que murmuraban de él. Ya lo viste, cuando no quise oírle... Y mira la ingratitud con que me corresponde.

Levantó sus hermosos ojos azules llenos de lágrimas, y agregó con una inquietud tan inocente que Juan no pudo abstenerse de sonreír:

— ¿Crees que la señorita Maréchal se casará con él?

— No, madre mía, no se casará con él; le desprecia: casi podría decir que le odia. Su intención única fué la de revelaros toda la indignidad de ese hombre. Ha obrado únicamente por cariño hacia usted, y quizá también por un cierto interés hacia mí.

La señora Diernstein pareció tranquilizarse, y preguntó en seguida guiada por aquella viva comprensión que tenía para los asuntos de amor:

— ¿Te querrá, tal vez, esa caprichosa Luciana?

Hiénard se avergonzó; nunca había pensado en aquello, pero interrogado por su madre tan bruscamente, no encontró en su pensamiento la certidumbre necesaria para negar. De pronto se agolparon en su memoria una multitud de detalles diversos, oyó

la voz de la señorita Maréchal, tan diferente cuando se dirigía á él, de aquella que tenía generalmente, seca y cortante. Vió su semblante metamorfoseado por el deseo de agradar y como embellecido por un encanto ignorado; y se dirigió á sí mismo la pregunta formulada por la duquesa: ¿Me amaré Luciana? Este sentimiento lo explicaba todo: la atrevida intervención de la joven, su animosidad contra Prédalgonde y sus delicadas insinuaciones; toda aquella simpatía envolvente cuya dulzura sentía aún.

— Si te amase, — continuó la duquesa, — esa sería, tal vez, la única mujer digna de ti, por la amplitud de su entendimiento y la firmeza de su carácter. Pero, ¿te gusta?

— Ninguna me agrada más que usted, madre mía.

— ¿Entonces, querrás vivir ahora á mi lado?

— Si usted lo desea.

— Es preciso; porque, ya ves, Juan, si me dejases entregada á mí misma sería capaz de cometer cualquier locura. Necesito que me defiendan, y la soledad es mala consejera. Si vives conmigo, me siento capaz de reaccionar y entonces estoy salvada. Vuelve á ocupar tu antigua habitación y tu estudio. Todo está arreglado y sólo tendrás que traer tus utensilios para quedar instalado... Puedes recibir á quien quieras, tienes una escalera para tu uso particular... Y además, á mi edad, mi pobre niño, eso ya no tiene importancia.

Con su acostumbrada frivolidad se había aventurado en un ensueño de su nueva vida, olvidándose de sus pesadumbres. Siempre había hecho lo mismo, reemplazando las afecciones perdidas por repentinos caprichos. Entonces se alegraba de tener á su hijo, y su pasión por él, reforzada por la gloria incipiente de Hiénard que iba á lucir sobre ella también, debía de ser duradera. Ya empezaba á medir las consecuencias mundanas de su conversión, y las juzgaba favorables. Después se puso de pie, estaba un poco pálida.

— ¡Dios mío! — dijo; — no he comido nada desde anoche. Juan, estoy muy débil... Tú te quedarás á comer conmigo.

— Sí, madre mía.

— Entonces, sube á tu cuarto por si tienes que ordenar algún nuevo arreglo; yo, entretanto me vestiré, porque estoy que meto miedo...

Apoyó un timbre, y cuando apareció la doncella asustada seguida del viejo Fermín, la mandó que preparase el tocador. Hablaba tranquilamente, en su semblante sereno empezaba á renacer la esperanza, y sonreía viendo el regocijo de la sirvienta que balbuceaba:

— ¡Oh, qué alegría! La señora duquesa está mejor... ¡Buen susto nos ha dado la señora duquesa!... Pero, afortunadamente, todo ha concluido.

Y, mirando á su hijo, la pobre mujer que una hora antes sólo pensaba en morir, repitió:

— Sí, ha concluido.

El mismo día, y mientras Hiénard libraba á su madre de las angustias del abandono y de la soledad, el marqués de Prédalgonde se presentaba en casa de la señorita Maréchal. Estaba resuelto á salir de dudas y á obtener de la joven una respuesta definitiva. Á pesar de la confianza que había aparentado tener á la señora Sauvelys, una sorda inquietud le trabajaba: se sentía amenazado. En torno de él empezaba á iniciarse un movimiento hostil, y la continuidad del esfuerzo atestiguaba el firme propósito de los que lo intentaban. No había visto al conde de San Vicente desde la víspera, é ignoraba lo que su cómplice había intentado contra sus enemigos comunes. Un principio de cansancio relajaba los firmes resortes de su voluntad, y por primera vez le atormentaba la sospecha de una derrota posible.

Hasta entonces caminó en línea recta, fiado en su suerte, y siempre había triunfado. ¿De dónde dimanaba su aprensión? ¿Era que en la partida empeñada no podía ver las cartas? ¿No tenía otros medios de corregir la fortuna? ¿Era que en su conducta, lo mismo que en su persona, todo era mentira? Falsos sentimientos, falsos pensamientos, falsas palabras, falso nombre y, casi, falso semblante... ¿Qué podía molestarle siendo, como era, una mentira viviente, y seductor como toda mentira?

Á su memoria acudían las palabras de la señora

de Sauvelys : Tenga usted cuidado de Luciana. Y entonces evocaba el semblante enigmático de la señorita Maréchal, con su sonrisa burlesca y sus gracias dulzonas y felinas, bajo las cuales siempre se sentían las garras. Roger experimentó un arranque de furor : ¿ él, el engañador, iba á ser engañado por aquella atrevida muchacha ? ¿ Se divertiría á costa suya, sin que él pudiese vengarse de algún modo ? ¿ Era él de la pasta con que se hacen los juguetes para señoritas que quieren casarse ? ¿ Se prestaría á los caprichos, tal vez á las traiciones, de aquella heredera á quien su fortuna parecía autorizar á todo ? ¿ No podría obligarla á arrepentirse de su calaverada ?

Pero la venganza para aquel espíritu frío y calculador, era una compensación bien incompleta del inmenso perjuicio que sufriría si su plan llegase á fracasar. Era indudable que necesitaba castigar á la señorita Maréchal de haberse burlado de él ; pero lo importante era procurar que no lo consiguiese. Y ya, en el último instante, urdía nuevas cábalas, intentando sacar partido de una derrota probable. ¡ Seal admitía que la señora de Sauvelys hubiese dicho la verdad : le habían tendido un lazo y había caído en él ; pero luego, por muy cogido que estuviese, ¿ no existía ningún medio de volverse atrás, de arrojarle sobre aquellos que se disponían á triunfar, y de mostrarse tan amenazador, tan temible aún, que tuviesen

interés en darle una compensación, una satisfacción ? Porque amén de salir indemne de su tentativa matrimonial, debía salvar también su situación mundana, que una jugada iba á comprometer.

Experimentó la sensación de que caminaba sobre un alambre, teniendo á ambos lados el vacío. Si daba un mal paso caía y se rompía los riñones. Pero no reculó, ni se debilitó su enérgico temperamento de aventurero en aquella crítica coyuntura, y entró en el salón de Luciana con el paso firme, el semblante risueño y la mirada serena.

Ella estaba sola. Desde hacía algunos días, excepción hecha de la señora de Sauvelys, nunca había encontrado á la joven con nadie. Parecía que las puertas de aquella casa se habían cerrado para todo el mundo, menos para él. Al principio vió en esto un síntoma favorable ; ahora se le antojaba una medida de precaución. Luciana formaba el vacío alrededor de él y le aislaba de todo testigo que después pudiese decir que le había visto en la intimidad de la casa.

La puerta estaba abierta y ella se levantó dando tres pasos hacia él. Su mano se tendió, como de costumbre, y no rehuyó el beso ; le indicó un sillón inmediato al suyo y volvió á sentarse con una tranquilidad asombrosa, si era fingida. Él, tan fuerte y tan hecho á engañar, estaba más sobrecogido que ella. Un trasudor le mojó la espalda, pero era preciso combatir y vencer, y atacó sin vacilar.

— Su padre no pareció muy entusiasmado cuando el otro día le propuso usted que se embarcase en mi yate para ir á Oriente. ¿ Es que le ha contagiado á usted su antipatía?

Ella replicó en seguida y sin evasivas :

— Nada de eso.

— ¿ Ó es que la libertad que está usted acostumbrada á tener, y que es indispensable para una persona de su posición y de su carácter, no la parece á usted suficiente para venir en mi buque, procurándose antes un círculo de compañeros entre nuestros amigos comunes?

— ¡ Tal vez sea eso!

— Si no me engaño, usted estuvo hace dos años en Noruega y sin su padre.

— Sí, me embarqué en el navío de lord Gardiner, con la señora Sauvelys y los Mallat... El viaje, además, resultó muy aburrido.

— Aburrido ó divertido, eso es aparte : si la idea le agrada á usted podíamos ocuparnos de buscar los pasajeros... Por ejemplo, la señora Sauvelys, desde luego... Y ya procuraríamos divertirla á usted entre todos.

Luciana adoptó un aire reservado y dijo :

— Pero considere usted que esos proyectos son irrealizables, con usted, al menos...

— ¿ Y, por qué no, conmigo?

— Porque usted es un muchacho muy conocido y

por consiguiente, muy comprometedor, y realizar una excursión en vuestro yate equivaldría, para mí, á decir que estoy resuelta á casarme con usted, y...

Hubo un silencio, durante el cual pareció que algo trágico acababa de ocurrir entre aquellas dos personas que charlaban tranquilamente en un salón, sentadas junto á la chimenea. Roger estaba lívido de impaciencia y de temor. Luciana con las cejas fruncidas, la boca contraída y su semblante de los días peores, le miraba dejando sin concluir la frase que iba á decidir su destino. Él no pudo contenerse y, repitió, con una voz que vibraba á un mismo tiempo inquieta y amenazadora :

— ¿ Y?...

Entonces, con una sencillez espantosa, estirándose como para descansar mejor adoptando una actitud beatífica, Luciana repuso :

— Y no estoy decidida del todo.

Ante aquella frase que desbarataba sus planes, Prédalgonde cerró los puños y apretó los dientes. Un chispazo de muerte pasó por su mirada; pero tenía que habérselas con una mujer intrépida. Acurrucada en su sillón, Luciana le examinaba con una curiosidad fría y malévola que exacerbó hasta el colmo la desesperación de Roger.

— Entonces, señorita, ¿ qué comedia ha estado usted representado conmigo? — dijo no queriendo disimular más y atacando la situación de frente.

Porque, si no me engaño, usted misma me ha dado todas las ilusiones que ahora me quita en un segundo. Yo estaba muy ocupado con otros asuntos y no me acordaba de usted. ¿Por qué me ha atraído usted con sus coquetterías? Usted ha demostrado mucha franqueza en su respuesta y tengo el derecho de poner que también la tendrá en sus explicaciones... Ella hizo un gesto de fastidio y replicó con aire cansado :

— ¡Ah, le va usted á preguntar á una mujer que le explique sus caprichos! ¿En qué está usted pensando? Yo imaginaba que usted tenía malicia, mundo y un poco de originalidad. ¿Por lo visto, es usted un pobre muchacho como todos los demás? ¡Qué desgracia! Hablan de usted como de un joven menos frívolo que sus compañeros, y en la primera ocasión se porta usted de un modo lastimoso. Después de esto, es posible que aun se admire usted de que yo no arda en deseos de consagrarle mi vida.... Francamente, póngase usted en mi lugar. ¡No ha tardado usted mucho en enseñar la punta de la oreja; vaya un principio! ¡Y es el brillante marqués de Prédalgonde quien procede con ese refinamiento y esa elegancia! ¡Y es el Rey de Paris quien viene, cual otro Luis XIV al Parlamento, con las botas puestas y el látigo en la mano, á obligarme á cumplir una promesa de matrimonio! ¡Todo eso es burla! Parece que sale usted de una ópera. ¡Vuel-

vase usted; no ponga usted esos ojos de melodrama, que aquí no tiene usted á quien asustar y sólo conseguirá que se rían de usted!

Aquella réplica fué recalcada por una cargajada nerviosa, estridente, feroz; y Prédalgonde permanecía ante ella silencioso y siniestro, rumiando el modo de vengarse. Pensó cogerla por el cuello y oprimirle la garganta hasta que aquella risa tan insultante expirase en sus labios. Verse escarnecido y burlado como un necio.... ¡Y después que le habían advertido! ¿Qué aberración, qué ceguera anuló su buen juicio poniéndole á merced de aquella muchacha cruel? Pero pudo reprimirse mediante un esfuerzo supremo de su voluntad, y repuso lentamente y moviendo la cabeza como para desembarazar á su espíritu y aclarar sus ideas :

— Señorita, le he pedido á usted explicaciones y me responde usted con chirrigotas. No nos entendamos. Tenga usted la bondad de ser juiciosa. Una persona como usted no procede de ligera, y no he soñado que ayer mismo me daba usted esperanzas. Ahora ya no la pregunto por qué me rechaza usted hoy, si no por qué me animaba ayer....

— ¿Desea usted saberlo?

— No puede usted dudarlo.

— Tenga usted cuidado, soy capaz de decirselo.

— Y yo estoy dispuesto á oírlo.

Luciana se irguió; su semblante adquirió una

expresión terrible y clavando sobre Prédalgonde una mirada que él apenas pudo sostener.

— Caballero, — dijo — tengo por la humanidad, y esto no es un secreto para nadie, un desprecio sin límites. La considero capaz de todas las bajezas, de todas las concesiones, de todas las cobardías, y estoy convencida de que, por dinero, por ejemplo, se la haría revolcar en el fango y en la sangre. Todo lo que ocurre en el mundo, alrededor de nosotros, es abyecto. Todo se vende: el honor de los hombres y de las mujeres, la influencia de los gobernantes, la conciencia de los jueces, el valor de los soldados. Todo puede conseguirse, variando el precio. Con dinero se podría esclavizar la sociedad, si tuviese uno ese capricho y si la sociedad lo mereciese, y todo es tan bajo, tan vil, tan inmundo, que se experimenta el hastío de vivir. Únicamente las personas que tienen dinero saben hasta qué punto el público es venal, y que todo, ¿oye usted? todo puede conseguirse obrando de cierto modo. Pero, en medio de esta degeneración común, suelen aparecer de tarde en tarde algunas rarísimas excepciones; hombres insensibles al incentivo universal y mujeres que se distinguen por un desdén inusitado hacia la riqueza. Esos se reconocen instantáneamente entre la multitud que se revuelca satisfaciendo sus apetitos, y se estrechan la mano, y fraternizan por la inteligencia y el corazón, y son de la misma patria,

de idéntica especie, de integridad igual. Todos tienen la misión de defenderse mutuamente en la vida, contra la traición y la ferocidad de los monstruos que luchan por la conquista del dinero. Á través de todas las intrigas que examino con curiosidad reflexiva, una de las que me han parecido más audaces es la que ha entablado usted para apoderarse de la fortuna de una pobre mujer enloquecida por su pasión. Me hubiera gustado seguirla en su desarrollo y probablemente le hubiese dejado á usted obrar libremente porque, después de todo, es bastante justo que el mal viva del mal, si uno de esos seres excepcionales de quien antes hablaba, y que merece toda mi estimación y todo mi cariño, no se hubiese visto amenazado por las combinaciones de usted. ¡ Poco importa que los despechados, los maniáticos y los locos se atormenten entre sí! Hasta me divierto con eso, porque no tengo un espíritu indulgente. Pero que un hombre honrado, probo y delicado, caso raro, sufra, llore y muera, tal vez, á manos de un pillo hábil.... Eso no he querido tolerarlo. Si la señora de Diernstein hubiera estado sola en el mundo, usted hubiese podido hacer de ella su querida, su cajera ó su mujer; ella hubiera sido víctima de su locura, y no había nada que decir. Pero al lado de Elisa estaba su hijo, que también habría quedado herido, humillado, manchado; y desde el día en que le conocí, tal como es, orgulloso, leal y

desinteresado, me prometí á mí misma defenderle contra usted. Y lo he hecho. Esta es la historia. No ha tenido usted suerte al ir á tropezar con una mujer madre de un hijo tan caballero. ¡ Hay tantas viejas ricas que tienen hijos deplorables! Debía usted haber escogido mejor; ahí está su falta. Ese error le va á costar á usted muchos millones, pero si, como creo, no es usted un imbécil, sabrá aprovechar la lección y con su desparpajo encontrará fácilmente otra ocasión. Usted ha deseado que fuese franca; me parece que es imposible mayor franqueza, y supongo que ahora no querrá usted nada más.

Él la había escuchado atentamente, inmóvil, muy pálido y alentando penosamente, con toda la sangre agolpada en el corazón. La dejó hablar hasta el fin, soportando sus sarcasmos con impasibilidad absoluta: después, cuando concluyó de hablar, repuso:

— Defender á un hombre como usted acaba de hacerlo, se llama amarle.

Había dado en el blanco porque la serenidad de Luciana desapareció instantáneamente. La joven se levantó, con los ojos chispeantes, y gritó con una violencia que no cuidaba de reprimir:

— ¡ Eso no le importa á usted! Le prohibo juzgar mis sentimientos.

Él replicó con mucha tranquilidad:

— Eso me importa muchísimo, puesto que vues

tros sentimientos son causa de su hostilidad. Usted acaba de referirme sucintamente el modo que tiene de comprender las relaciones sociales. Yo podría objetarle á usted que es fácil despreciar el dinero cuando sobra, y censurar á los que procuran conquistar riquezas cuando se fué rico desde la cuna. Pero esto sería un trabajo inútil. Me limitaré á decir que si usted se ha tomado tanto interés por el señor Juan Hiénard, es porque es un mozo guapo, que tiene mucho talento, que heredará necesariamente de una madre muy rica y que será, quiera ó no, un duque auténtico. Esto es lo que tasa en su justo precio vuestra virtud, vuestro valor y vuestro desinterés, señorita, y ese precio, vive Dios, es para usted el mismo exactamente que para todos aquellos á quienes usted desprecia tanto... No tenía usted por consiguiente necesidad ninguna, de ofrecerse á mí como persona rara é incomprendida. Yo la comprendo á usted perfectamente y no es tan original como dice. La moral de todo eso es que me ha jugado usted una mala partida; y, como usted me lo ha explicado prolijamente, yo soy un criminal muy temible; tenga usted cuidado.

Luciana, lo mismo que Roger, había recobrado su sangre fría.

— Perfectamente, — dijo — así es como quiero verle á usted, amenazador y terrible. Vuestra primera estupefacción me conmovió. Ahora estoy á gusto

con usted. Empiece á silbar, á morder, no puede usted hacer nada.

Él se irguió luciendo la esbeltez poderosa de su talla y dijo extendiendo su brazo robusto :

— Puedo, sin embargo, matar al señor Juan Hié-nard.

Ella repuso tranquilamente :

— Lo sentiré por usted. Pero, además, matarle, ¿ y cómo? ¿ Es posible un lance entre él y usted? ¿ Olvida usted á su madre? ¿ Un hombre tan correcto como usted, señor marqués, el árbitro de la delicadeza y del honor, vengarse en el hijo de una antigua amada? ¿ Puede usted hacer eso sin comprometer su reputación? El mundo no le perdonaría esa infracción del código del saber-vivir. ¿ Iba á conducirse el príncipe de la moda, el Rey de París, como un individuo sin educación ni delicadeza? ¿ Qué dirían en los círculos? Usted no piensa en esto. Si hay que sucumbir, que sea con arreglo á las formas impuestas por el buen tono, y es preferible mil veces arros-trar una afrenta, que vengarse de ella como lo hace el vulgo. Si yo estuviese en su lugar, ¿ sabe usted lo que haría? Me iría en mi yate durante tres meses, á tallar en algunas bancas de Niza y de la costa, y volvería en la primavera, cuando ya nadie se acordase de mis descalabros. En París los recuerdos duran poco y todos los días llegan aquí americanas muy ricas. No encontrará usted por todas partes Lucianas

Maréchal que le atajen el camino; y, á fé mía, que lo mismo da ganar luises franceses, que dollars del Nuevo-Mundo.

Roger repuso con aplomo :

— Señorita, está usted bromeando de un modo encantador, y ya conozco su ingenio : pero lo que acaba usted de hacer es muy serio, y las consecuencias serán más graves de lo que usted supone.

Esta vez Luciana se incomodó y repuso midiendo á su adversario con la mirada :

— Ea, basta ya : puesto que no quiere usted comprender pongamos los puntos sobre las íes. Estoy mejor armada contra usted de lo que usted imagina. No merecería una el trabajo de ser hija del senador Maréchal, si no se tuviese la capacidad de conocer en seguida todo lo que se quiere. Yo tenía algunas dudas acerca de su personalidad, señor de Prédalgonde, y las he aclarado. Sé quién es usted.

Él hizo un brusco movimiento.

— Si, sé que usted no se llama Prédalgonde, que vuestra corona de marqués es un accesorio de cotillón, que vuestras antiguas relaciones son impresentables, que los procedimientos peores son los que le sostienen á usted en el mundo, y que lo menos que puede reprochársele es que haga trampas en el juego.

Él miró hacia atrás, como para cerciorarse de que la policía no entraba. Ella prosiguió, implacable :

— Yo quería ejecutarle á usted con su nombre de

Prédalgonde, confiando en que comprendería mi delicadeza. Me acordaba de que todos hemos estado en relaciones amistosas con usted, y respetaba su seudónimo por consideración á mi misma. Pero, puesto que usted me obliga á ello, procederé de otro modo. Salga usted de aquí, señor Brémont, ó llamo á mis criados para que le echen fuera.

Él se dirigió hacia la puerta y allí se detuvo:

— No tratándome mal, obra usted prudentemente. Ahora que no tengo nada que perder, cuídese usted.

— Cuidese usted mismo. Dentro de un cuarto de hora el señor Hiénard sabrá lo que acaba de ocurrir aquí, y, si no sale usted de París en el término de dos días, ya verá usted lo que le sucede.

— No me sucederá absolutamente nada. El temor que tiene usted al escándalo, me salva.

Ella soltó una carcajada estridente:

— ¡Ah, ah, eso está bien! Un maestro cantor, un falsario y un petardista; ¡eso es el Rey de París!

Apoyó un timbre y añadió dirigiéndose al ayuda de cámara que se presentó:

— Acompañe usted al señor.

## XII

Desde el día en que el conde de San-Vicente fué seguido por Amoretti hasta el hotel de la avenida de Antin, Prédalgonde no había vuelto á verle, y en la grave situación en que se hallaba necesitaba concertarse con él. Sabía perfectamente de todo lo que era capaz aquel terrible personaje, para que no le emplease en la defensa común; porque, la caída de él, era la ruina de aquella asociación encumbrada á una tan alta y brillante prosperidad por la audacia de ambos.

Tenían convenido que nunca Roger buscarse á San-Vicente; siempre era el tío quien iba á ver al otro. Había en las numerosas personalidades con que se disfrazaba la verdadera identidad del misterioso consejero de Prédalgonde, una imposibilidad absoluta de relacionarse con el Rey de París. El brillante Roger no debía conocer á Rascol, ni á Brunel, ni al padre Poisse, ni á Panpan, ni al señor Fillette, ni á otros tal vez, porque, ¿cómo saber exactamente dónde estaba el hombre íntimo que desempeñaba tantos papeles con igual perfección?

Sin embargo, era preciso que los dos asociados se